

NUNCA SE SABE

Relatos, experiencias y reflexiones
de un viajero poco convencional

ENRIQUE MANTECÓN

Ilustrado por el autor



Editorial ELA

www.libreriaargentina.com

Índice

Prólogo editorial	7
Introducción	11
Dedicatoria	13
1. Memento Mori	17
La calavera de la Cartuja	18
Mi abuela se va	20
Momentos de malaria	23
La roca	36
Mármoles, vigas y un golpe del destino	44
Los huesos	47
2. Con los animales	53
Noche de lobos	53
En las arenas frente al toro	56
Minoa	59
El cocodrilo	62
3. Ibiza. Accidente en moto	65
4. Una década de veranos en Inglaterra, tortillas, festivales, lamas, crop circles	73
5. Viajes Allhandulillah	85
6. Coladas nocturnas	111
Zoo	112
Pirámide Roja	114
Monasterios tibetanos	115
Palenque	129
Catedrales góticas	134
Cuevas de Ellora	140
Petra	147
Auschwitz	148
Cataratas Victoria	152
Colores tibetanos para el presidente de China	153
Comando Palomino	156
Ollantaytambo	158
7. La gran colada. Viaje a Rusia	165
8. Fronteras de Israel y Jordania y de Mongolia y China	191
9. Viaje por Europa en un cuatro latas	199
10. Atentado en Bombay	213
11. Rastafaris	223

12. Vacuum Nobilis en la tumba de Jesús	231
13. Terremoto en Nepal	253
14. Los sueños, sueños son	269
15. Saliendo de la India en primera clase	277
16. Petardo en el Sinaí	283
17. ¡Ay Mundo, Mundo! Conspiraciones	287
18. Japón, otro planeta	295
19. Con Ricky Martin en un mercado de Calcuta	305
20. Cropcircles	309
21. Eclipses	329
22. Dibujos, lamas, druidas, brujas y Stonenhenge	359
23. En un coche en Tanzania	371
24. Los misterios de Perú y Bolivia	381
25. Mágico México	409
26. Partos naturales	430
27. Nunca se sabe...	440

Prólogo editorial

Hace más de 20 años que conozco a Enrique Mantecón. Por aquellos tiempos, la editorial ELA estaba en sus comienzos y compartía sede con la Librería Argentina en la calle Andrés Mellado nº 46 de Madrid. Corrían los años mil novecientos noventa y mucho, cuando Enrique y su hermano Javier, jóvenes continuadores de la tradición oriental, se dejaban ver a menudo por el emblemático local de la Librería Argentina y pasaban tiempo mirando sus estanterías, comprando libros y hablando y compartiendo temas con sus encargados y clientes.

Los dos hermanos eran muy jóvenes y mi distancia en edad sobre ellos, unos 20 años, me hacía percibir algo muy agradable y esperanzador: que ahí estaba la continuidad, que esto no se detenía en mi generación y que no era algo de locos el gusto por el orientalismo, el yoga, la meditación, el estudio de las filosofías orientales y el esoterismo serio; sino que los jóvenes también se sentían atraídos por estos temas. Hoy en día, los dos hermanos ya pueden mirar con esta misma perspectiva de 20 años, hacia las generaciones que les siguen y opinar e influir, de buena manera, sobre ellas. Y esto me hace estar muy contento por ellos y por mi, porque esa labor, la de expandir los principios nobles del orientalismo, ya la comparten conmigo y además veo que esto sigue, porque Enrique y Javier, ya son responsables padres de hijos que de seguro seguirán indicando el camino a las nuevas generaciones que lo quieran ver. Los dos hermanos, cada uno en su labor, se preocupan de la expansión seria de los principios preservados en Oriente, tan necesarios en la actualidad para nuestra sociedad y que cada vez son más demandados por ella. Javier es profesor de yoga y se especializa en Ayurveda y Enrique se dedica a organizar viajes poco convencionales a Oriente y por la Europa y el Asia transcendentales y también es especialista en Ayurveda. Y me alegro por ellos y por sus padres que se sienten tan orgullosos de ellos y de su trabajo, a los que aprovecho para felicitarles por la educación que les han brindado.

Gracias a Dios, los tiempos han cambiado. Los libros serios de esta temática ya no son considerados como de "sectas" ni sus seguidores como "sectarios" y cada vez son más personas, las que hacen yoga, meditación, mindfulness y estudian estos temas, que actualmente son muy reconocidos y admirados por la sociedad en general, que los identifica con la mejor "vanguardia" en la que se puede estar. Y como prueba de ello, os contaré una anécdota que me sucedió hace pocos años, en la Feria del Libro de Madrid. Recuerdo que por aquél entonces, todavía había gente que al pasar por delante de la caseta de la Librería Argentina y ver los libros de estos temas, comentaban por lo bajo: "Estos tienen libros de yoga y de esas sectas" y seguían de largo, apartándose algo, como si se fuesen a contagiar de alguna enfermedad. Pero hoy en día, todo esto ha cambiado y las veces que acudo a la caseta de la Librería Argentina en la Feria del libro de Madrid, por cierto la mayor feria del mundo al aire libre, reconozco con agrado como estos temas atraen cada vez a más y más personas, jóvenes y adultos, y la caseta siempre está llena de gente que desea ver y tocar estos libros, encontrar respuestas y compartir sus experiencias con otros clientes y con los amables vendedores. Lo que es una prueba de que el mundo va evolucionando y mejorando.

En el año 2003, la editorial ELA publicó la obra de Enrique Mantecón: "Tierra tibetana sobre la tumba del gato", que era un relato de algunos de sus viajes por India, Asia y el Tíbet. Por aquellos tiempos nos costó algo de trabajo a su hermano Javier y a mi, convencer a Enrique de la belleza de esta obra, de su frescura y de la necesidad de hacerla pública, junto al testimonio de algunos de sus dibujos y apuntes de su cuaderno de viajes. El libro se vendió muy rápido y del mismo ya se han hecho dos nuevas reediciones en la actualidad. Fue el primer libro de relatos de viajes por India y el Tíbet realizado por un español de las nuevas generaciones, todo un hito.

Ante este éxito editorial, durante los años siguientes, insistí a Enrique de que necesitábamos seguir publicando las experiencias de sus viajes, que agradaban mucho al público joven y adulto y que no había que parar y Enrique cada vez que le veía entre viaje y viaje me decía que sí, que estaba en ello. Pero los años fueron pasando y los viajes se siguieron sin descanso, como podrá apreciar quien acceda al contenido de esta obra, sin que Enrique se decidiera a reunir sus escritos y darles la forma de un libro. Y así pasaron casi 20 años hasta el momento actual, aunque si hacemos caso al tango, "20 años no es nada", cuando dio la casualidad para lo bueno y para lo malo, que Enrique tuvo que parar de viajar, por el confinamiento al que nos vimos obli-

gados todos por la expansión del virus covid 19 y aprovechó ese tiempo de retiro, para poner en orden el contenido de este libro, que llevaba 17 años preparando.

De la experiencia de todos estos años, ha resultado un libro entretenido, divertido, fresco y que nos da que pensar y reflexionar, lo cual es siempre bueno. Un libro que reúne sus andanzas por el mundo durante casi dos décadas, llenas de interesantes y siempre distintas experiencias, unas más espirituales, otras más mundanas, pero siempre atractivas y llenas de sentido del humor. Y os animo a todos que lo conozcáis y lo paséis bien acompañando a "Kike" en sus aventuras.

Basilio Tucci
Editor
Editorial ELA

"Viajar te deja sin palabras y luego te convierte en un narrador de historias". Ibn Battuta

"El propósito de la lectura no es conseguir que se vendan más libros, sino que los lectores disfruten más de la vida". George Holbrook

"Leer nos permite viajar a través del tiempo, tocar con la punta de los dedos la sabiduría de nuestros ancestros". Carl Sagan

"En algún lugar de un libro, hay una frase esperándonos para darle sentido a la existencia". Miguel de Cervantes

"¿Amas la vida? Entonces no desperdicies el tiempo, pues es de ese material del que está hecha la vida". Benjamín Franklin

Introducción

La vida es y será un misterio, los movimientos que nos llevan de un lugar para otro, que nos transforman y nos hacen crecer y evolucionar, son un misterio. De eso se ha hablado durante milenios, el gran Misterio.

En los antiguos centros espirituales del mundo había rituales de paso y rituales de iniciación en los misterios. Para poder entender el mundo, el más allá y el más acá, uno tenía que morir en vida, y volver a vivir. Estos rituales de bautismo iniciático, le llevaban a uno al otro lado, para volver con una información y una esencia que no podía escribirse en libros ni enseñarse en escuelas, sólo se podría aprender mediante la experiencia directa. Estos misterios siguen influyéndonos día a día en nuestra vida. La ciencia cómo está planteada en el momento presente, es mecanicista, nos ve puramente cómo un grupo de moléculas y elementos llevados por una mente impulsada por estímulos nerviosos y poco más. Eso nos sirve para muchas cosas, pero no abarca el total de la experiencia humana. Deja muchos cabos sin atar, y son esos cabos los que hacen de la vida humana algo más que un ejército de robots biológicos, conscientes y emocionales.

Somos mucho más. Esos cabos sueltos crean situaciones inexplicables, coincidencias y sincronías que se escapan de la pura estadística. El poder de la mente, de la sugestión y de la oración, tan utilizados desde hace milenios, han ayudado a la humanidad a seguir hacia delante, sería una pena despreciarlos por considerarse irracionales.

La vida misma es caos, orden y desorden, armonía y entropía, y eso no se puede poner sobre el papel. Al menos no se puede explicar. O yo al menos no le encuentro significado. Este libro habla de eso. De las sorpresas que nos da la vida a cada paso, de los extraños vaivenes del destino, de lo inesperada que es nuestra vida humana, y lo oculto que hay detrás de cada esquina. Nunca se sabe lo que nos va a deparar el destino, nunca se sabe si una noticia es a largo plazo buena o mala, no podemos saber lo que nos va a ocurrir mañana mismo. Esta sensación de vacío cósmico, de incertidumbre vital y de desapego a la matemática vital, para mucha gente es insoportable.

Muchas personas necesitan saber que va a ocurrir mañana, que van a comer, en qué van a trabajar y cómo se va a desarrollar cada una de las facetas de su vida, y el tambaleo de todas estas bases les provoca pavor, angustia y debilidad. A mi, por lo general, me ocurre todo lo contrario, disfruto con esa incertidumbre, me encantan los cambios, me gusta cuando cambia el viento. Y la vida me ha regalado decenas de momentos así, momentos de incertidumbre y caos tremendo, que en el fondo siempre han acabado bien, aunque hayan acabado bien del revés. Sigo vivo y nadie ha caído a mi lado, eso me alegra infinitamente, me carga de energía vital.

En estas páginas el lector podrá adentrarse en muchos de esos momentos sin tener que arriesgar la vida ni la integridad. Podrá nadar en tormentas y andar sobre hielo fino sin riesgo a caer al vacío. Aunque siempre quedará una semilla de desafío e incertidumbre en el interior, una semilla de rebeldía frente a la vida lineal y estable. Hay que vivir, y la vida es riesgo, nacer es morir, y se muere porque se vive. Estas historias por todo el precioso planeta azul sobre el que vivimos, tienen en común la sorpresa y el asombro. Todo lo que he aprendido sobre la vida y la muerte, sobre la materia y el espíritu, está condensado aquí en estas páginas, llenas de vida y de misterio, de muerte y resurrección. Es una exhortación a vivir una vida llena, a no tener miedo a experimentar la vida con toda su salsa, es una oda a la rebeldía y la desobediencia frente a la apatía, el miedo y la languidez en que los que manejan nuestro mundo nos quieren ver sumisos y sumergidos.

Es más fácil manejar gente abatida, sin ganas y con miedo que mentes libres con ansia de disfrutar la vida, de agradecerla y experimentarla en toda su dimensión y dimensiones. Es una llamada a la libertad individual para poder vivir en un mundo libre, y no ser presas del engaño en el que nuestra civilización está embutida. Una crítica a la manipulación humana que paraliza la Magia de la impermanencia y de la vida plena, un grito de libertad y amor al devenir, al gran Misterio, a lo Oculto y a lo Manifiesto.

La mayoría de los hechos ocurren en lugares asombrosos, en momentos impredecibles, en decenas de países diferentes, con gentes culturas y razas muy diferentes. En el fondo, una amalgama de experiencias en un mundo al que creo que hemos venido a experimentar.

La vida se expande y cada uno de nosotros con ella, y como decía Robert Luis Stevenson, que cuando llegue el último día, y descanse, que yo pueda dormir el sueño eterno junto a todos mis piratas, y junto a la tumba dónde se pudran ellos y sus sueños.

Enrique Mantecón

En Madrid, a 29 de agosto de 2020

Dedicado a:

A mis padres, tíos y abuelos, una vez más por darme lo que soy y lo que tengo y enseñarme el bien máspreciado, la Libertad.

A Minea, la niña de las aguas azules, por su luz, su sonrisa y su alegría de vivir y a las nuevas generaciones de niños libres, que puedan pensar por ellos mismos.

A Beatriz y familia por aguantarme y apoyarme durante largas horas de escritura.

A Patrick Binot, Patrick Liegeois y a mi hermano Javier por ser mis maestros filósofos.

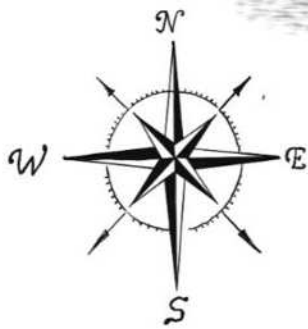
A Basilio, el señor de los libros, por confiar plenamente en mí una vez más, una década después.

A Ramos Perera, por ponerme los pies en la tierra y los ojos en las estrellas.

A Albert Hoffman y Antonio Escotado, por darnos técnicas útiles y consejos que nos acercan a la Libertad.

A los valientes que dicen lo que piensan y piensan lo que dicen, a los que no obedecen, los que arriesgan, los que dudan, los que salen de las zonas de confort, los que confían en la vida.

Todos los hechos narrados en este libro son verídicos, cualquier parecido con la ficción es pura coincidencia.



Oceano Atlántico





"El tiempo no es oro. El oro no vale nada. El tiempo es vida". Jose Luis San Pedro

"Es muy fácil complicarse la vida, todo el mundo lo hace. Es de genios llevar una vida simple. Todo es equilibrio". Mike Sprague

"La vida es lo que pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes". John Lennon

"La vida existe solo en este preciso momento y es en este momento cuándo es infinita y eterna. Ya que el momento presente es infinitamente pequeño, antes de que podamos medirlo ha desaparecido, y sin embargo persiste para siempre". Alan Watts

*"Puedes llorar porque se ha ido, o puedes sonreír porque ha vivido. Puedes cerrar los ojos y rezar que vuelva, o puedes abrirlos y ver todo lo que ha dejado. Tu corazón puede estar vacío porque no lo puedes ver, o puede estar lleno de amor que compartiste. Puedes llorar, cerrar tu mente, sentir el vacío y dar la espalda, o puedes hacer lo que a él le gustaría: sonreír, abrir los ojos, amar y seguir".
Poema escocés*

"Y fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente; enfrentar solo los hechos de la vida y ver si podía aprender lo que ella tenía que enseñarme. Quise vivir profundamente y desechar todo aquello que no fuera vida. Para no darme cuenta, en el momento de morir, que no había vivido". Henri Thoreau

*"El amor hace poetas y el acercamiento a la muerte hace filósofos".
José Santayana*

"Obra de modo que en tu última hora no te vas a arrepentirte por haber amado demasiado un poco". Chiara Lubich

1

Memento Mori

Memento Mori es una frase latina que significa “recuerda que vas a morir”, cuyo sentido es que no olvidemos que todos los seres humanos nos encontraremos más tarde o más temprano con la muerte, parte imprescindible de la vida. En la antigua literatura se utilizaba cuando se quería tratar sobre la fugacidad de la vida. Se cuenta que la frase tiene su origen en la Antigua Roma, cuando un general que paseaba victorioso con suma arrogancia en su rostro por las calles de la eterna ciudad, fue sorprendido por uno de sus siervos que mediante esta frase le recordó las limitaciones de la vida humana y el común final que todos vamos a compartir, generales y plebeyos, emperadores y esclavos, para que no cayera en la soberbia y la arrogancia ni se diera a los abusos.

En la historia del arte, también se utilizaba esta frase en las representaciones sobre la muerte. En muchas de estas imágenes aparecía una calavera expresando la temporalidad efímera de la vida y de lo material, en la corta vida humana. Recordándonos que debemos vivir cada momento, como si nos quedara poco tiempo de vida, porque realmente “nunca se sabe” el tiempo que nos queda de ella.

Después de esta frase no nos queda otra que pensar en la siguiente y más importante frase latina que nos ha llegado hasta nuestros días: “Carpe Diem”, que significa algo así como aprovecha el momento y en su extensión: “Carpe Diem, quam mínimum crédula postero”, que quiere decir algo así como aprovecha el día y no confíes en el mañana. Nos aconseja, disfrutar de cada momento, de cada día como si fuera el último y no dejar pasar el tiempo que se nos ha brindado; disfrutando de los placeres de la vida, dejando un poco de lado el futuro desconocido e impermanente.

Nunca pensamos en ello hasta que estamos delante de la dama de la guadaña y en ese momento siempre la suplicamos que nos de otra oportunidad para disfrutar de la vida y hacer algo de provecho. Las personas a las que ha visitado la dama de negro y les ha permitido continuar un poco más en el juego de la vida, han experimentado un cambio radical en su concepción de ésta y han agradecido cada día que pasaba, cada momento, viviendo la vida más intensamente. Hasta que no estamos apunto de irnos al otro lado, no nos damos cuenta que ese es un viaje inminente y sin retorno y que es mejor hacerlo con la mente tranquila y en paz.

En las siguientes páginas hay unos cuantos Mementos Moris, todos ellos han sido una sorpresa a la vez que una bendición, ese día nos llegará a todos, pero “nunca se sabe”cuando será el momento.

LA CALAVERA DE LA CARTUJA

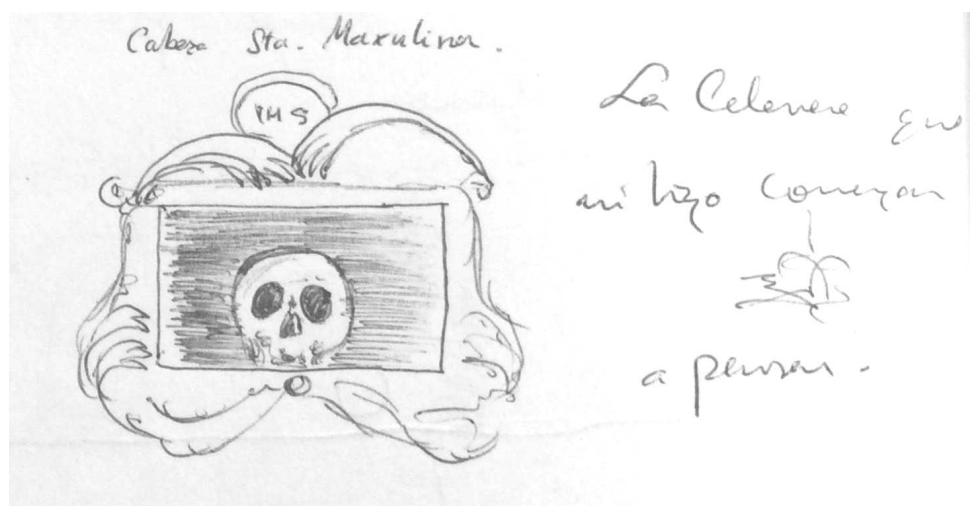
Uno de los primeros recuerdos que tengo de mi infancia es la imagen de una calavera humana en la Cartuja de Miraflores de Burgos. Cómo podría imaginar lo que me influiría esa imagen y lo que me dijo mi abuelo Kiko, algo de lo que estoy agradecidísimo, ya que esa experiencia me hizo plantearme cosas muy importantes durante mucho tiempo.

Dicen que los eventos que ocurren en la infancia moldean nuestra mente y nuestra vida, sobre todo antes de los cuatro años, algo se nos queda grabado que influye en nuestro futuro comportamiento como adultos y creo que lo que pasó esa mañana fue uno de esos momentos importantes que “nunca se sabe”cómo van a influir en la vida.

Fuimos de paseo mi hermano, mi abuelo y yo hasta la Cartuja de Miraflores, a tres kilómetros de la ciudad de Burgos en la que nació mi abuelo y veraneábamos cada año. Es un monasterio de la orden de los cartujos del siglo XV situado entre bosques y en la cima de una colina. Recuerdo el momento de entrar en una de las grandes salas de la Cartuja en la que había un gran retablo, en el que a media altura se encontraba la calavera de uno de

los monjes cartujos que allí vivieron; es una pena que hace unos pocos años la quitaran del lugar y ya no pueda transmitir la experiencia a otros jóvenes. No nos percatamos de ella hasta que mi abuelo nos dijo que la miráramos, nos dijo que todos sin excepción nos convertiríamos en eso y que era lo que le esperaba a cada ser humano de esta tierra. Pude no haberle dado más importancia al asunto, pero para mí fue el primer momento en el que me di cuenta de que había un fin, de que no sería eternamente un niño y que la muerte y la impermanencia siempre rondaría sobre nosotros.

Para un niño de tres o cuatro años puede ser una enseñanza un poco brusca, pero ahora en perspectiva estoy agradecidísimo de que así ocurriera. No me asusté, ni me quedé triste, simplemente un poco pensativo y quizás empezase a rodar la rueda de la impermanencia que es la base de la vida y la existencia en el Universo. Ese mismo año, murió la señora de la casa de al lado, de anciana y era la primera persona que había conocido en vida y que moría. Pensé que cuando viera a su hija Merche, la vería tristísima, hundida y llorando y sin embargo la vi que salió la mañana siguiente a saludarnos desde la ventana, con una sonrisa grande y muy vivaz, lo que me sorprendió muchísimo. Le pregunté a mi abuelo como era posible que estuviera así de bien al morir su madre y me dijo que murió de mayor y de muerte natural y que así era la vida, que era lo normal y un privilegio haber llegado a esa edad. Esos comentarios cambiaron mucho mi concepto sobre la muerte, dándole un toque de naturalidad que me relajó bastante.



La calavera de la Cartuja

Durante muchas noches y durante meses, sobre todo a la hora de irme a la cama, me volvía a aparecer la imagen de la calavera y la esencia de la verdad de que así seríamos al final de nuestras vidas. La palabra muerte se agregó a mi pequeño diccionario infantil y desde entonces ha sido una compañera y una aliada, ya que darle la espalda a esa idea es darle la espalda a la vida misma. Le preguntaba a mi madre antes de dormirme una pregunta concreta: ¿Cuando muere un niño nace otro?. Para mi realidad, yo era un niño, con lo cual debía pensar que siempre sería un niño y que de mayor moriría como un niño. No recuerdo exactamente las respuestas que me daba mi madre, pero si recuerdo que el imaginar ese vacío de la muerte y desaparecer como niño me angustiaba. Posiblemente pasé montones de momentos pensando en la reencarnación y en cómo sería morir y renacer en el cuerpo de otro niño.

Un año después con unos cinco años, dejé de preguntar eso, pero el tema del más allá, de la muerte y de la otra vida siempre me acompañó, no como un peso sino como algo que habría que aceptar, ya que siempre me rondaría a mi y a las personas que quería. Siempre me gustó visitar cementerios, especialmente de noche cuando se respiraba tranquilidad y leer libros sobre esos temas y empecé a leer sobre la reencarnación y sobre el concepto de la muerte en diferentes partes del mundo. Incluso me tumbaba sobre tumbas por la noche y me sugestionaba que estaba muerto para sentir la vida que se iba y reconocerla en el momento de levantarme, eso me llevó a interesarme por diferentes religiones y filosofías y fue moldeando mi personalidad, mis miedos y mi visión de la realidad. Para mí fue algo totalmente positivo, ya que no creo que dar de lado a esos conceptos llegue a evitarlos, sino a estar más perdido en esta vida, rechazando la muerte como algo que nunca va a llegar, que es algo que se hace mucho en nuestra civilización occidental, dándole la espalda, como si no formará parte de nuestras vidas.

El mayor “nunca se sabe” es el momento de la muerte, nuestra y de nuestros seres queridos y cuanto más preparados estemos para ese gran viaje, menos doloroso será y más fácil de aceptar. Quien me iba a decir que iba a estar a punto de morir unas cuantas veces y de que miraría a esa dama a los ojos en esas ocasiones. Siempre será un privilegio haber tenido esa iniciación con mi abuelo en la más remota infancia.

MI ABUELA SE VA

Mi abuela Carmen, la mujer de mi abuelo Enrique, se fue un cuarto de siglo después que él, en nuestras propias manos y mirándola a los ojos.

Otro gran privilegio ¿quién me iba a decir que esos momentos de la infancia me ayudarían tantos años después en la partida de mi abuela?

Ella contaba ya con unos colosales ochenta y siete años y hasta ese momento siempre se había encontrado muy bien, con mucha vitalidad y fuerza, pero como todo llega, le llegó su momento y fue un privilegio estar con ella. Desde que éramos pequeños, ella siempre nos decía que no la lleváramos a morir al hospital, que no la alargaran la vida artificialmente ni que la entubaran, ni nada parecido, eso siempre se me había quedado grabado, ya que insistía muchas veces en ello. Mis otros dos abuelos, Kiko y Jonás también se fueron al otro mundo desde su propia casa, la mejor lanzadera posible al otro lado.

Volví de un viaje de tres meses por África, y al regreso de éste, se encontraba ya muy mal, tenía cáncer y los médicos la daban poco tiempo de vida. El resto de los días que vivió los pasó en casa con nosotros y entre todos la alimentábamos, limpiábamos y cuidábamos con todo el amor del mundo, intentando evitar a toda costa que se la llevaran al hospital, ya que era lo último que ella quería y creo que hay que respetar las decisiones de cada uno tanto en la vida como en la muerte. En los últimos días el médico la vio muy mal y nos dijo que deberíamos llevarla al hospital, que era justo lo que mi abuela no quería. Le dijimos que nosotros nos encargáramos de ella y que alargáramos su estancia en casa el mayor tiempo posible. Al final de sus días ya casi no podía hablar y estaba muy débil, la alimentábamos a base de líquidos y de alimentos especiales. En su última noche, el médico nos dijo que por la mañana al amanecer vendría la ambulancia a llevársela al hospital ya que pensaba que no podría estar en casa más, puesto que se moriría. Exactamente eso era lo que estaba pasando, era su momento. Había tenido el privilegio de que le llegaría en casa y en familia y se la querían llevar a entubarla y pincharla y alargarle la vida artificialmente ¿para qué? Si le había llegado ya su momento y quería irse en la paz del hogar. Pero la ley es la ley y el médico solicitó la ambulancia para la mañana.

Mi hermano y yo estábamos leyendo el “libro tibetano de la vida y la muerte”, de Sogyal Rimpoche, muy recomendado para esos momentos, una joya entre las joyas. Leímos que los elementos de los que estamos constituidos van perdiendo fuerza poco a poco a medida que nos acercamos al momento y que lo que más le convenía a esa persona era irse en paz y tranquilidad, no entre estrés y miedo. El problema es que vivimos en una civilización que da la espalda a la muerte y que no concibe la consciencia ni el alma humana como separables del cuerpo. Yo tampoco tengo pruebas puntuales de ello, pero ante la duda prefiero actuar como si hubiera un alma al

que hay que arropar, cuidar y mimar en su viaje. Una civilización que da la espalda a la muerte, que permite un negocio enorme con ella y que no respeta su ritmo y su misterio, es una civilización fría y poco humana, basada en la contabilidad más que en la experiencia humana. En ese “libro tibetano de la vida y la muerte”, había una especie de oraciones que ayudan a la persona a abandonar el cuerpo y a no luchar con miedo. Nosotros queríamos a nuestra abuela con todo el alma, por eso rezamos y deseábamos que se fuera esa misma noche junto a nosotros y no se la llevaran al hospital. Encendimos una vela junto a una estampita de la virgen del Carmen que le regaló mi abuelo a mi abuela en su juventud y que ella siempre tenía cerca. Para todas las civilizaciones antiguas la luz del fuego es una comunicación con el otro lado, llamémoslo como lo llamemos, así que ahí la teníamos encendida para su viaje.

Ella estaba ya muy débil, estaba claro que le había llegado su momento, no hay que ser médico ni especialista para saber eso, somos humanos y tenemos un cerebro alucinante, no siempre necesitamos titulación para percatarnos de las cosas importantes de la vida. La seguíamos por supuesto dando su alimento e hidratando como nos dijeron los médicos. Continuamos leyendo partes de ese gran libro, dándole la mano y transmitiéndole todo nuestro amor de nietos. Yo me tumbé junto a ella en la cama y la abracé, mi hermano seguía despierto literalmente velándola. Me despertó un rato después y me dijo que le quedaba la última respiración, me senté al lado de ella y la tomamos cada uno de una de sus manos, la miramos a los ojos y con todo el amor del mundo la dijimos que podía irse, que estaba en paz y que nosotros también, que se fuera tranquila, apretamos sus manos contra las nuestras y nos lanzó su último suspiro mirándonos; tenía la cara muy tranquila. La tocamos la frente, la besamos y la dejamos descansar. En ese justo momento, la estampita de la virgen del Carmen que estaba junto a la vela en la mesa de mi habitación en la que estábamos empezó a arder justo a la altura del corazón, imagino que se habría movido y tocado el fuego de la vela. Enseguida la apagamos. Encendimos inciensos, la lavamos y colocamos sobre una sábana blanca, abrimos la ventana de la terraza y cogimos unas flores del cerezo que estaba en flor, las colocamos sobre ella y con una música maravillosa la dejamos unas horas tendida en la cama. Avisamos a nuestros padres para que supieran que ya se había ido y que todo había acabado.

Pedimos a mis padres que no llamaran al médico hasta que no amaneciera, queríamos que estuviera en paz unas horas, relajada en la cama, sin moverla, dejando tranquilamente a su consciencia despegarse del cuerpo, no creo que haya médico o científico que tenga ninguna prueba a favor o en

contra de este trance, así que ante la duda, mejor respetarlo por si acaso. Mi hermano y yo nos empeñamos mucho en eso ya que leímos en muchas ocasiones que la consciencia sigue en el cuerpo unas horas más y que es bueno dejarles tranquilos y no zarandearles en ambulancias, camillas y morgues. No lloramos, pese a la pena que nos dio que se fuera, fue tal privilegio y se fue de tal manera que pedí al Universo una muerte así para mí y para el resto de mis seres queridos; en la vejez, acompañados y queridos, de forma natural ¡Qué más se puede pedir!

Para mí, ese momento estaba conectado de alguna manera al momento en que su marido, mi abuelo, me enseñó la calavera en Burgos. Todo llega y mejor esperarlo con la mirada alzada y tranquilo, aceptando la mayor lección de la vida que es la muerte.

Mis encuentros cercanos a la muerte no fueron tan entrañables y pacíficos como estos, todo lo contrario, pero pude esquivarla hasta ahora. Para estar al otro lado hay toda una eternidad y para el vacío también y cuanto más tarde llegue mejor. De momento pienso así, ya que disfruto cada día que pasa.

Ya que estamos con estos temas vamos a continuar con algunas historias más y cómo conseguí burlar a la dama en esas ocasiones.

MOMENTOS DE MALARIA

Una de las veces que he estado más cerca de irme al otro barrio fue en África, en Tanzania, en el año 2001. Gracias a unos pequeños mosquitos llamados anofeles, que transmiten una enfermedad mortal llamada malaria.

El día anterior a emprender ese viaje por África, visité el centro de enfermedades tropicales para recoger algunas medicinas y pedir las pastillas de profilaxis de la malaria, llegué tarde y no me las pudieron dar, pero me dijeron de otro lugar para comprarlas. Le dije a mis padres que no había problema que ya las conseguirá, así se quedaban más tranquilos. Más tarde me enteré que realmente no eran una vacunación eficaz contra la malaria, pero si pueden alargar la vida y evitar la muerte inminente hasta llegar a un hospital y tratarse convenientemente.

Más de un médico me ha dicho que el tema de la malaria es complicado, incluso que no interesa que aparezca una vacuna o medicina eficaz que la prevenga eficientemente. Los que piensen que no hay intereses ocultos en ello, que investiguen un poco, nuestra industria farmacéutica juega mucho con nuestras vidas y priman otros intereses más allá de la salud. Este médico me ha dicho que los millones que se destinan a la investigación precisa-

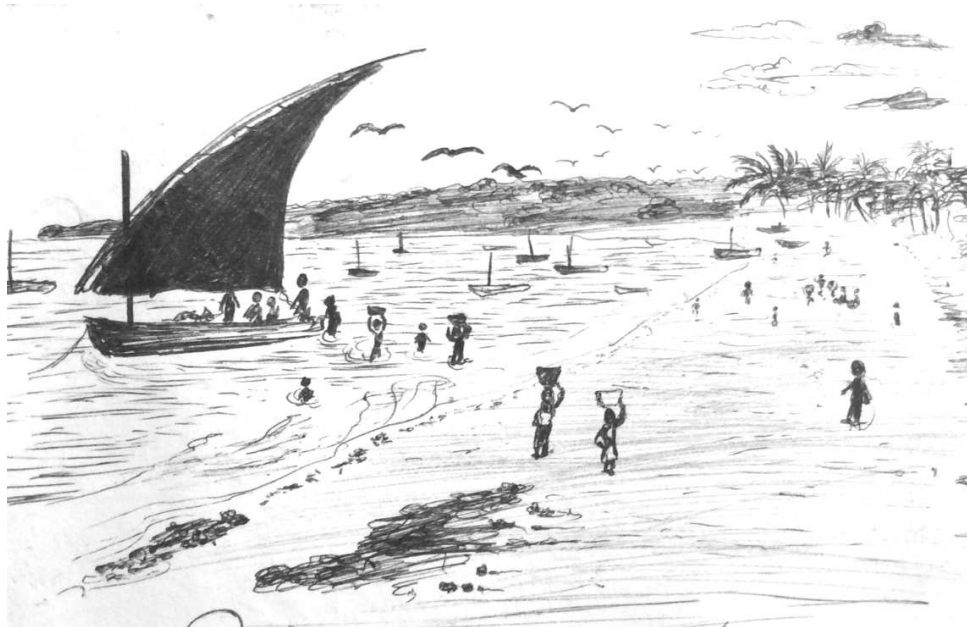
mente van a hacer que se continúe buscando un remedio, no encontrándolo. Me dijo literalmente que si alguien descubriera una vacuna totalmente eficaz contra la malaria y que salvara la vida de millones de africanos al año, se encontraría en una cuneta al día siguiente, no lo digo yo, me lo dijo un médico. Lo que si puedo asegurar es que la pastilla que más tarde me salvó la vida, valía veinte dólares en Tanzania, el sueldo de un mes y que las que tomé un día antes, que costaban un dólar, que son las que la mayoría de la gente puede conseguir allí, no eran nada eficaces y pude comprobarlo en mis carnes.

¿No cuesta lo mismo hacer una pastilla que otra?, ¿Veinte veces más caros son los productos químicos y el proceso? ¿Cómo permite el mundo que ocurra esto?, ¿No hay farmacéuticas forrándose a costa del sufrimiento de los demás que podrían salvar millones de vidas? ¿Quizás hay quien piensa que esas vidas allí en el África pobre valen menos que las nuestras aquí en el mundo occidental...?

Yo me salvé, pero muchísimos no, la malaria es la primera causa de muerte en este planeta y de los cuatro tipos de malaria, la denominada falciparum es la más mortal, que es la que me atacó a mi, ¿sería que no me había llegado el momento todavía?, ¿sería que por ser blanco occidental el médico accedió a darme esa pastilla confiando en que le mandaría el dinero después?, o ¿mala hierba nunca muere...? a saber.

En 2001 fui a Zambia y Tanzania con mis amigos Marcos y Mendi, para ver un eclipse total de Sol en medio de la estepa de Zambia entre las tribus ñanja. Después de ese maravilloso y espectacular fenómeno, continuamos nuestro viaje en autostop subidos en camiones y furgonetas hacia el oeste, hasta llegar a las costas de Tanzania, de allí fuimos en un barco de madera de vela latina, sin motor, ni instrumentos de navegación, ni luces, casi dos días hasta llegar a las costas del archipiélago de Mafia, tan paradisíaco como Zanzíbar, pero sin turistas, ni carreteras, ni hoteles, ni nada parecido. Los barcos varaban en la misma playa y los candiles de aceite ancestrales iluminaban las aldeas. Pasamos unos días espectaculares en esas isla, rodeados de baobabs, selvas, playas turquesas y murciélagos gigantes.

Una vez que mis amigos se fueron de allí de vuelta a España, me quedé sólo en la isla, en una hamaca en la misma playa, sin hotel, ni restaurante, ni tan siquiera mosquitera. Ese fue el lugar en el que me picaron cada noche infinidad de mosquitos y algunos de ellos eran anofeles hembra cargados hasta arriba de malaria. Uno piensa que la malaria es para los demás y que no iban a picarme los anofeles a mi, pero mi arrogancia me condenó con todo el derecho del mundo. Ni tan siquiera tenía repelente de mosquitos.



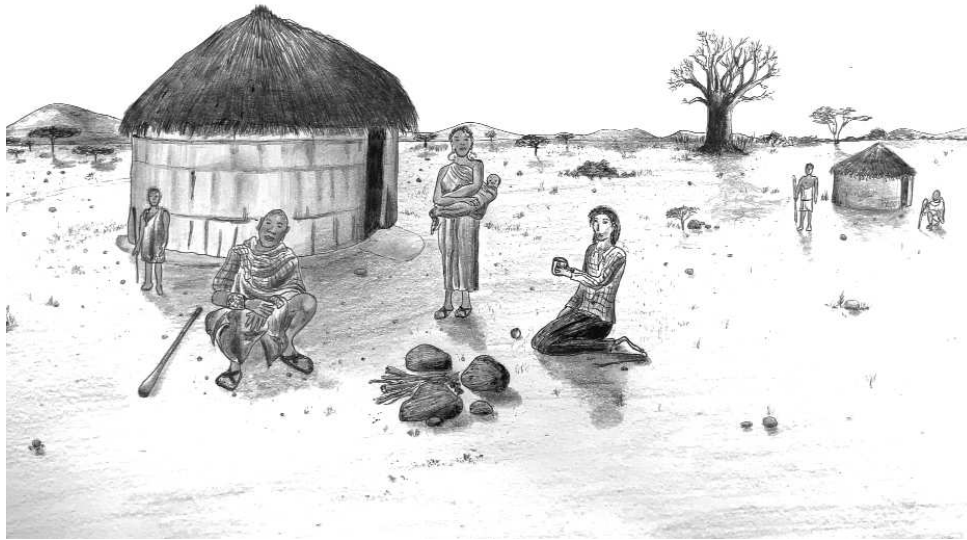
Barco en Tanzania

Después de unas increíbles aventuras en esa isla, conseguí salir como pude en otra de esas embarcaciones antiguas hacia el continente y allí continúe el viaje hacia la estepa Masái, siempre en transportes locales y de la manera más barata que pude, ya que casi no me quedaba nada de dinero. Pregunté en una agencia de la capital la mejor manera de llegar hasta las estepas masáis para conocer a esas gentes tan legendarias que desde siempre me parecieron unas personas muy interesantes y sabía que tenían buenos conocimientos de medicina ancestral natural. En la agencia me dijeron que la única manera de llegar allí sería reservando un paquete turístico de unos cien dólares diarios, ir en un todoterreno con otros occidentales, acampar en campamentos preparados en supertiendas equipadas con todo tipo de comodidades y recibir a los masáis a una hora determinada vestidos con sus ropajes dispuestos a hacer un show para turistas y luego pasar la noche comentando con el resto de viajeros lo interesante que era esa cultura mientras se degustaba un whisky en un asiento con reposabrazos. Para mí en esos momentos, esto era algo totalmente inasequible económicamente, artificial y un verdadero coñazo para guiris.

Decidí acercarme por mi cuenta y confiar en lo que fuera que me llevara hasta los masáis y tomé ese mismo día una furgoneta local para llegar hasta las faldas del Kilimanjaro y desde allí indagar como llegar hasta la estepa y conocer a los auténticos masáis. La furgoneta en la que viajábamos

unas veinte personas a presión nos dejó en Arusha, una ciudad cerca del Kilimanjaro y allí deambulé un rato para investigar como llegar al mundo masái sin pasar por la caja de las agencias de viaje. Sabía que los masáis utilizaban medicinas naturales y tenían muchos conocimientos ancestrales sobre la salud y busqué medicinas en un gran mercado que tenía los puestos en el suelo. Allí comprando medicinas en polvo a un masái en un puestecillo, me encontré con un rasta llamado Rey, con el que empecé a charlar sobre medicinas y sobre los masáis, y por suerte, este hombre sabía bastante bien inglés. Por supuesto le pregunté sobre como llegar hasta la estepa masái y me dijo que él mismo trabajaba y comerciaba con medicinas desde hacía años y que iba a ir al día siguiente al interior de la estepa a por medicinas en un jeep local con unos cuantos masái. Me pareció perfecto, así que al día siguiente ahí estaba subido en un viejo pickup lleno de masáis con sus telas rojas y sus sacos de medicinas. Eso era exactamente lo que yo quería, poder estar con ellos sin occidentales alrededor, me daba igual no verles danzar sus bailes tradicionales, pero quería estar con auténticos masáis. Llegamos a una aldea y de allí tomamos otro pick-up hasta el medio de la estepa. Unas diez horas de viaje más o menos. No conseguí nunca saber el nombre de la aldea a la que llegamos, no tenía ni electricidad, ni agua potable, ni nada construido con ladrillos o cemento, era una auténtica aldea africana masái con cabañas redondas hechas de madera, paja y barro.

Al llegar a la aldea Rey me presentó a Moshi-Moshi, uno de los jefes locales de la aldea, un masái muy gracioso y curioso que enseguida le hice gracia y me acogió con su familia. Este sabía un poquito de ingles pero Rey me traducía cuando no nos entendíamos. Me dijo que era el primer blanco que llegaba a esa aldea, ya que no había ni carreteras ni nada de civilización. Era el lugar exacto en el que quería estar, me quedaban algunas pastillas potabilizadoras y siempre se podría hervir el agua para hacerla potable. Mi abuela siempre decía que allá donde fueres haz lo que vieres, así que me dejé llevar por Mossi-Mossi y Rey. Dejé la pequeña bolsa que llevaba en su cabaña y salimos a conocer la aldea. Me enseñaron algunos de los árboles y plantas medicinales y me explicaron un poco cómo funcionaba la vida allí: recogían frutos, raíces y hojas que secaban y molían para preparar medicinas y luego las llevaban a Arusha para venderlas y traían sacos con grano, porque había pocos cultivos en la aldea, tenían solo algunas pequeñas plantaciones y comían carne de vaca y de cabra. Al rato fuimos a parar a una especie de cantina, que era un lugar al aire libre, con unos troncos en el suelo, una sombra con ramas y una choza cuadrada de adobe, rodeada de la más colorida tierra roja y unas cuantas acacias. Allí nos sentamos en los troncos de



En la estepa masai

madera y empezamos a beber un licor local hecho de arroz y a saber de que más, que no estaba muy rico, pero es lo que había y para integrarse con ellos no quedaba otra que beber ese brebaje. Al anochecer volvimos a las cabañas y cenamos una especie de tartas e infusiones alrededor de una fogata junto a la familia de Mossi-Mossi, un par de chicos jóvenes y una mujer. Esos eran los momentos con los que yo soñaba en los viajes, bajo las estrellas y las acacias, cerca del fuego, compartiendo momentos de silencio con nativos de la zona. Me dijeron que podría dormir dentro de la cabaña, pero yo prefería dormir en el suelo al lado del fuego, con lo cual le mandaron a uno de los chicos que se quedara a dormir fuera conmigo vigilando por si aparecía algún animal, ya que podía darse el caso de que aparecieran hienas o leones que circulaban por esas zonas con toda libertad.

Al día siguiente volvimos a dar un paseo por los alrededores de la aldea y volvimos a aparecer en la cantina, en la cual se encontraban los mismos parroquianos del día anterior. Uno de ellos me dijo que podíamos ir después a tomar sangre de vaca, no es que a mi me apeteciera ese manjar, pero si quería ver cómo lo hacían. Por lo que me explicaron le clavaban una punta pequeña en el cuello de la vaca, soltaba sangre y la bebían calentita y luego la volvían a curar y a cerrar la herida. Al final hubo una borrachera colectiva tremenda y nunca llegamos a ver ni a las vacas. Eso es algo que ocurre mucho en África, bueno, realmente ocurre en casi todo el planeta Tierra y no

es por generalizar, pero en los viajes que he hecho por los cinco continentes cada vez que me he juntado con hombres de las tribus o de las aldeas he acabado en la cantina y siempre la han armado, y cuando he ido con las mamás y mujeres siempre me han cuidado, alimentado y dejado dormir en un sitio seguro. Por eso en África siempre intentaba solo ir con las mujeres de las aldeas, pero esta vez, como tantas, mi color clarito de piel atraía a los hombres de la aldea como algo nuevo y curioso con capacidad de ser emborrachado. Así pasaron dos días más en la estepa. Yo no fui a juzgar si estaba bien o mal, o si era bueno o no hacer esas cosas, fui a esa aldea a experimentar lo más cercanamente que pudiera la vida masái y eso es lo que hice.

Al tercer día sin embargo empecé a sentirme bastante raro, aunque lo achacaba al licor local. Por la noche al amparo de la hoguera notaba mi cuerpo vibrar, pero lo dejé pasar como una curiosidad más. Al día siguiente continuamos con el protocolo básico, pero notaba como me temblaba el cuerpo más que el día anterior. Al llegar la noche la mamá me dijo en masái algo de lo que sólo entendí la palabra malaria y me pareció ver a Mossi-Mossi preocupado. Yo tenía paracetamol para bajar la fiebre, pero le dije a la mamá que no tenía medicinas para mozongos, personas de raza blanca, esperando a que ella me diera medicina masái para bajar la fiebre, que sabía que tendría en algún lugar de su humilde cabaña. Cené una manzana ya que se me había quitado el hambre y me dio en una taza de madera una infusión de unos polvos que me dijeron que eran para reducir la fiebre. Al rato me encontraba bastante bien y notaba que el cuerpo ya no me vibraba. Me quedé dormido al lado de la hoguera como las anteriores noches, pero al amanecer me levante de nuevo con mucha fiebre. No tenía termómetro pero notaba como me vibraba todo el cuerpo. Al verme la familia por la mañana, me dijeron que era mejor que me fuera a la ciudad por si acaso era malaria. Wasi Wasi me vio bastante débil y me regaló su bastón masái, un tipo de bastón que antiguamente utilizaban para pelear y para defenderse de los animales, un auténtico amuleto del jefe de la tribu. Rey dijo que me acompañaría hasta Arusha ya que prefería no dejarme sólo por si empeoraba.

Esperamos unas horas a que se llenara el único vehículo que había en la aldea y después de despedirme y dejar algo de dinero a la familia de Mossi-Mossi nos subimos a la parte trasera del pick-up junto a una decena de masáis y unas cuantas cabras y gallinas. No había asientos así que todo el camino lo haríamos de pie, atravesando la estepa entre baches, apoyándonos unos con otros.

Hacía bastante frío, por lo que me pasé todo el viaje tiritando y medio delirando. Cada vez me encontraba peor, pero eso no hacía que no pudiera

disfrutar de las acacias, los baobabs y del increíble paisaje rojizo de la estepa masái. En una parada que hicieron se les escapó una cabra y un masái, con sus telas rojas a cuadros, comenzó a perseguirla alrededor del vehículo, parecía un documental de televisión y los masáis miraban fijamente a las cabras. Yo por mi parte, me sentía cada vez peor, cada vez me vibraba más el cuerpo y no paraba de tiritar, hacía mucho frío, ya que en el hemisferio sur era invierno.

Muchas horas más tarde, atravesando cientos de kilómetros de estepa, llegamos a Arusha, la población más cercana a la que estábamos. Mi amigo Rey me consiguió una habitación en un hotel local desde el que se supone que se podría ver el Kilimanjaro, me consiguió medicinas masáis para la fiebre y para la malaria, ya que comenzábamos a sospechar que de esa enfermedad se podía tratar y me dejó en la habitación. Ahí me di cuenta de que no era solamente una fiebre o un resfriado, dormía minutos entre delirios, llegué a soñar más de cinco veces que abría la ventana y veía el Kilimanjaro, pero había una niebla tremenda y no se veía más allá de unos cuantos metros del hotel. Tenía un tremendo dolor de cabeza, me daban arcadas pero no podía echar nada, ya que no había comido prácticamente en dos días. Dolor de cabeza, de tripa, delirios, fiebre y temblores, dolor de articulaciones y malestar general entre sueños con las nieves del Kilimanjaro.

Al final por la mañana, casi sin dormir, volví a comprobar que la montaña más alta de África seguía entre nieblas. Vino enseguida Rey a buscarme y le dije que me llevara a tomar un vehículo a Dar es Salam, la capital, todavía tenía que volver al archipiélago de Mafia donde tenía mi pasaporte y lo que me quedaba de equipaje. Nunca me había encontrado tan mal, el dolor de cabeza era tremendo y seguía temblando. No conseguimos un billete para un autobús rápido con mi propio asiento, así que monté en otra de las furgonetas llenas de gente agarrado a mi bastón masái y me despedí del buen rasta que me había acompañado esos días esteparios.

Hacía un calor terrible en la furgoneta, éramos unas 20 personas y no tenía prácticamente espacio para sentarme. Me esperaban unas catorce horas de viaje hasta llegar a la capital. Recuerdo que en una parada que hicimos, bajé tambaleándome y en una especie de farmacia, me refiero a un puestecillo de tablas con unas cuantas medicinas y botellas al lado de la carretera, pregunté por medicinas para la malaria, ya que estaba empezando a considerar seriamente que podría tener esa enfermedad. Me enseñaron unas tabletas muy baratas y me dijeron que había que tomarse una para profilaxis o tres en caso de tener ya la enfermedad. Pensé que un término medio era lo más sensato, así que me tomé dos, quizás nunca funcionaron o quizás me alargaron

la vida unas horas más, eso nunca lo sabré. La mujer que estaba a mi lado estaba leyendo una revista en la que vi la letra de una canción de Bob Marley llamada “One Love”, todo un clásico. Intenté memorizarla ya que me encantaba ese tema. El tiempo se hacía eterno en esa furgoneta, mientras apoyaba mi cabeza en el bastón pidiendo fuerzas para llegar a no sé dónde, porque no conocía nada de la ciudad y no tenía nada de dinero para un hotel o un hospital. Lo único que conocía de la ciudad era un barrio de chabolas a las afueras, que había visitado días atrás con mis amigos.

La malaria te trastoca un poco la mente y los razonamientos son a veces extraños. Seguía sin aceptar que la malaria era para mí, así que no pensé en ir directo a un hospital que hubiera sido lo más sensato. Pregunté por el barrio de chabolas que recuerdo que se encontraba cerca de la carretera y ya bien anochecido me soltaron en la cuneta, entre chabolas, a oscuras.

En esos momentos al intentar andar me di cuenta de lo mal que me encontraba; todo dolor, todo debilidad. Empecé a andar apoyado siempre en el bastón, parecía más un zombi que un mozongo de viaje. Seguí caminando por el destartalado barrio de chabolas, casi no podía ni mantenerme en pie. Pasaba casi arrastrándome entre charcos y casetas hechas con tablas en la oscuridad. Llegué, después de más de media hora perdido, a una especie de pensión, bastante destartalada, un lugar tremendo al que la mayoría de la gente que conozco ni entraría a preguntar, pero en esos momentos era una casa, un lugar cerrado y protegido y por los poquísimos dólares que me quedaban, tres o cuatro, sabía que me darían cobijo una noche entera. Tenía la confianza ciega de que en algún momento podría encontrar a nuestro amigo Charly, un tanzano que conocimos en las calles unos días antes y que realmente era la única persona que conocía un poco más, desde allí hasta Cádiz, unos miles de kilómetros más al norte.

Pedí una habitación, metí la bolsa que llevaba, y cerré la puerta con llave para ir al cuarto de baño, lo último que recuerdo antes de desmayarme y caerme al suelo fue la imagen de mi mano cerrando la puerta con llave. Parecía que mi cerebro me había permitido las fuerzas necesarias para llegar a la habitación y dejar mis pocas pertenencias a salvo. La gran suerte que tuve fue que me desmayé fuera de la habitación y no dentro, eso permitió que alguien me viera tirado en el suelo. Y lo increíble fue que ese alguien que vino a reanimarme era el buen Charly. No me había dado tiempo a llamarle ni a buscarle y el no sabía que había llegado a la capital, ni que paraba en esa pensión. Más tarde me explicó que una persona vio a un viajero blanco arrastrarse por las calles de ese suburbio y casualmente Charly le había contado

dos semanas atrás que había conocido a unos mozongos, y éste atando cabos fue a la pensión a ver si se trataba de alguno de nosotros ya que a esa zona de chabolas nunca iban viajeros extranjeros.

Desperté siendo arrastrado hacia la calle por Charly. Me llevaron a una especie de clínica, una pequeña casa de ladrillo visto con las ventanas abiertas enrejadas, que consistía en una sala de espera, la consulta y una habitación. Casi no tenía fuerzas para hablar, Charly me dijo que teníamos que esperar a nuestro turno para ser atendidos por el doctor, así que espere en el suelo, tumbado, ya que no había asiento y no tenía fuerzas para mantenerme en pie. Cuando llegó mi turno, el doctor, me miró con cara de preocupación y me dijo que me iba a hacer directamente la prueba de la malaria, ya que tenía 41.5 grados de fiebre. Me pinchó el dedo con una aguja, y minutos después me afirmó que tenía malaria. Me lo dijo sonriendo, me dijo que tenía malaria, mucha, grave, pero que de milagro iba a sobrevivir ya que me daría una pastilla que me salvaría la vida. Me dijo que esa pastilla costaba 20 dólares, ya que las otras que se vendían como las que me había tomado esa mañana, que costaban un dólar, eran de quinina y que no evitaban la muerte, si no que podían alargar unas horas más la vida. Eran buenas y malas noticias a la vez, por un lado era una faena que fuera malaria y no unas fiebres normales y también era una faena que me pudieran salvar la vida por 20 dólares y yo tuviera sólo tres en el bolsillo. El doctor, me dijo que no me preocupara, que confiaba en que le mandaría el dinero a la vuelta a mi país, pero me dijo que era una pena que no se las podía dar a otra gente porque sabía que no le iban a pagar y si no perdía él ese dinero que era el sueldo de medio mes. Así que por ser extranjero occidental, le daba la suficiente confianza para pagarle más a delante y eso me salvó.

Con una fuerte sonrisa me dijo que me la tomará y que volviera al día siguiente.

Al volver a la pensión tomé la pastilla con un poco de agua y me metí en la cama a intentar dormir, mientras Charly se arropaba en el suelo en una manta. A la hora, entre delirios y dolores, vomité la pastilla, recuerdo el suelo lleno de líquido azul cobalto, debía ser muy potente esa pastilla con ese color. Charly me miró asustado, ya que era la única pastilla, todavía no la había digerido y ahora estaba por los suelos de la habitación y la clínica estaba ya cerrada. En esos momentos me preguntaba si era mejor lamer el suelo o meterme en la cama como si nada hubiera pasado y confiar en sobrevivir una noche más.

Recogimos con unos paños el suelo y confié en que esa no era mi gran noche y que algún efecto me habría hecho la pastilla. Creo que no dormí

casi nada, estuve toda la noche dando vueltas en la cama, con un dolor tremendo de cabeza y de estomago, temblando, esperando a que no se me iluminara todo y empezará a sentirme en la gloria, cosa que sospechosamente sería el comienzo de un viaje que para mí habría llegado demasiado pronto.

La mañana siguiente me encontraba fatal, dolorido y moribundo, pero vivo. En cuanto amaneció, Charly me ayudó a salir de la habitación entre temblores, y volvimos a la consulta. Cuando le expliqué lo que pasó al doctor, se ríó y me dijo que yo era bastante resistente, que tendría que haberme ido ya al otro barrio, pero que esta vez tampoco iba a ocurrir. Me volvió a dar otra pastilla y me dijo que no me moviera de la clínica en varios días, que permitiría que pasara las noches allí, aunque estuviera solo, ya que ni médico ni enfermeras pasaban la noche en la clínica.

Entré en la habitación, una pequeña sala con las ventanas rotas y una cama de metal dura como ella misma. La enfermera intento varias veces ponerme la aguja para el suero, ya que no podía comer nada, lo intentó más de cinco veces, sin acertar en la vena, decía que era la primera vez que trataba a un blanco y que no daba con ellas. Ahí estuve cuatro días, prácticamente sólo, ya que Charly tenía que ir a trabajar y solo llegaba por las noches. Su mujer venía por el día a traerme una sopa de limón, hecha de agua y limón calentito, lo único que comí en dos semanas. Siempre la estaré agradecido por esas visitas. El doctor no tenía tiempo más que para pasar unos minutos a ver cómo estaba.

Fueron momentos durillos, la malaria crea un estado mental un poco desastroso. No te apetece comer ni beber, ni leer, ni nada realmente, siempre aderezado con un profundo dolor de cabeza y mareo, que llevado en la más plena soledad se hace aún más arduo. Imagino que en ese estado estaría casi en la UCI en un hospital en España, pero había sobrevivido que era lo importante.

Al quinto día, seguía con la misma debilidad y dolores, casi diez días sin comer y con una anemia bestial, otro de los efectos de la enfermedad. Pero no podía quedarme más tiempo allí, mi pasaporte y mi tarjeta de crédito estaban a casi doscientos kilómetros en el archipiélago de Mafia y además en seis días tenía que atravesar todo Tanzania y Zambia porque volaba de vuelta a España desde Lusaka.

El doctor no me dejaba salir a la calle ya que estaba con el suero y no estaba todavía recuperado, así que no me quedó otra que quitarme el suero cuando vino Charly y pedirle que me ayudara a salir de la clínica aprovechando que el doctor no estaba, le deje una nota explicándole la situación, esperando volver a verle a la vuelta de Mafia. Un amigo de Charly trabaja-

ba en una agencia y me consiguió un vuelo de ida y vuelta que asegure en pagarle con la tarjeta al regreso. Otra vez confiaron en mí o en el color de mi piel a saber, ya que tampoco tenía dinero para ese vuelo en avioneta.

Ese día acompañé a Charly a un desguace infinito que parecía de la película de Mad Max, yo estaba que me caía por los suelos, pero tenía que estar con Charly hasta el aeropuerto, estaba muy débil para ir solo a ningún sitio. Buscamos bajo el sol durante un par de horas en decenas de motores una pieza que necesitaba para a saber que pequeño negocio y salimos de allí al aeropuerto. De camino entré en un ciber café para mandar un email a mis padres, hacía muchos días que no les escribía ni llamaba y pensé que estarían preocupados. No les conté nada de la malaria para que no se preocuparan y les dije simplemente que todo iba bien.

Me despedí de Charly y fui a la sala de espera en la que me tumbé en el suelo, la posición sentada se me hacía agotadora. Lo extraño de todo, es que en cuanto la avioneta despegó, como por arte de magia se me pasaron todos los dolores, mareos, debilidades y demás incomodidades. Estaba perfectamente, no me lo podía creer, en un minuto, en cuanto despegamos. Me encanta volar, siempre me ha encantado, pero no sabía que era hasta tal punto. “nunca se sabe” hasta que punto trabaja el inconsciente para bien o para mal. Vi las playas del océano y los ríos verdosos y la costa turquesa del archipiélago. También fue curioso que al segundo de aterrizar volví a sentirme fatal y empezaron otra vez los males y estaba claro que mi remedio de volar era bastante caro. Salí dando tumbos de la avioneta y medio arrastrándome conseguí atravesar la carretera de tierra que atravesaba la población de Kilindoni, isla principal del archipiélago de Mafia. Llegué a la casa de mi amigo Willy, el cual habíamos conocido unas semanas antes en esa isla, en la que dejé mis pertenencias. No se me ocurrió dejar mi pasaporte en otro lugar que en la isla más recóndita.

Al llegar a su casa y tras explicarle brevemente lo que me pasó me tumbé en el suelo entre unas mantas, su casa era una pequeña chabola cerca del camino. Estuve un día entero allí moribundeando, sin poder comer nada más que agua y limón. Me daba un poco de miedo pensar que tenía que salir de la isla, y atravesar dos países y volar hasta España en ese estado y sólo ¡Qué perezón!

Lo que ocurrió esa noche fue bastante extraño y para mí mucho. Los sueños, sueños son, pero “nunca se sabe” cómo le pueden afectar a uno. Ni creo ni dejo de creer en cosas extrañas, no se mucho de espíritus, ni conexiones nocturnas, pero esa noche algo pasó que no puedo explicar. Me acosté hecho polvo, agotado, mareado, dolorido y hambriento, esperándome levan-

tarme igual que los anteriores días, pero esta vez sin la protección de un doctor.

Soñé que estaba en un mundo de tierra roja, muy desértico, como si fuera Marte. Había grandes pirámides, yo andaba entre ellas sin rumbo fijo y las paredes exteriores de las pirámides estaban todas llenas de escritos. Fue uno de esos sueños tan reales que estaba convencido de que estaba allí. Entre las pirámides había algún edificio al que entré. Allí unos seres cuya apariencia no recuerdo me empezaron a enseñar esa lengua y dentro de mi sueño ya podía leer todos esos signos sin problema, sabía que no estaba en la Tierra, que era otro mundo y me encantaba estar allí, entre pirámides gigantes rojizas. Estaba leyendo los jeroglíficos extraños de las caras de una de las pirámides cuando de pronto me desperté y me encontré de repente en el suelo de una cabaña africana en una isla del Océano Índico, en el archipiélago de Mafia, un lugar bastante diferente del que me encontraba en el sueño.

Intenté explicar el significado de los signos en una libreta que tenía al lado ya que me habían robado mi diario días atrás en la playa. Y según escribía el sueño todavía acordándome del extraño lenguaje, se me iban haciendo los recuerdos cada vez más difusos. Intenté escribir los signos, pero se me escapaban de la memoria, hasta que sólo me quedó un vago recuerdo que era incapaz de dejar plasmado por escrito. Me dio mucha pena no poder escribir ese lenguaje, pero estaba claro que no pertenecía a este mundo, si no al mundo de los sueños o a saber... Podría hacer mil elucubraciones como hace tanta gente con este tipo de sueños, pero creo que es más sensato decir que no se nada, a inventármelo.

La cuestión es que me levante sin dolor de cabeza, sin dolores, con el estomago perfecto y con fuerza. No me lo podía creer, estaba feliz, había vuelto al mundo de los vivos y bastante renovado, me encontraba como una moto. Saludé a Willy que se sorprendió de verme tan bien y le dije que me iría todo ese día y noche de aventura a la siguiente isla. Después de pasar días y días en un estado tan lastimero, tenía ganas de vivir y pensé que la mejor recuperación era volver a las andadas y cargarme de vida, de aire y de libertad, que era lo que más me hacía falta, más que ninguna medicina ni post-tratamiento.

No digo para nada, que sea recomendable salir de diez días de malaria haciendo lo que hice, pero a mi me sentó de maravilla. Se supone que después de diez días sin comer, es mejor empezar con algo suave y poquito a poco, pero me lancé a unos pinchos de carne picantita que se llamaban mushkakis, que me gustaban tanto que no concebía que me hiciera mal y me sentaron de lujo.

Me eché a la carretera, quería llegar al otro lado de la isla y saltar a la isla siguiente. Me paró en la carretera un camión que remolcaba tierra, me subí a la volqueta y ahí atravesé la isla paradisíaca, entre selva y baobabs. Estaba pletórico, no entendía de dónde sacaba las fuerzas pero me sentía de maravilla. Llegué al otro lado de la isla, alcancé andando la playa y vi a un niño que iba en un tronco ahuecado con un palo alto clavado y con una tela grande y roída que hacía de vela. Le pregunté con las manos si me llevaba a la isla de enfrente que estaba sólo a unos cientos de metros más allá y me indicó que subiera con él entre unas redes de pesca que llevaba. Desde la otra orilla, en la isla de Chole, vi que más adelante, más lejos había un islote y le pedí acercarnos un poco más a él, nos acercamos todo lo que pudimos. Tenía la forma de una esfinge, me encantó, hice un dibujito de ese islote, era el lugar desde el que volvería hasta mi casa.

En todos los viajes siempre hay un momento y un lugar en el que ya es todo vuelta a casa y ese momento había llegado. La imagen era preciosa una especie de esfinge de roca entre aguas turquesas, fue un momento mítico o místico, o las dos cosas a la vez, a saber.

Llegamos a la isla de al lado que tenía el extraño nombre de Juani y allí me despedí del chico de la barca. Cerca de la costa paseé un poco más hasta una aldea, allí conocí a unos pescadores y al final, después de tomar un poco de arroz, me quedé en el suelo de su cabaña a dormir, arropado y acolchado por un montón de redes de pesca. Me sentía recuperado, vuelto a la vida y dormir entre redes de pesca se me antojaba todo un lujo.

Al día siguiente después de desayunar algo de fruta, volví a la isla de Kilindoni, y me despedí de Willy, recogí mis cosas y me subí a la avioneta de vuelta a Dar es Salam. Allí volví a la clínica y a ver a Charly para agradecerles todo lo que habían hecho por mi. Intente sacar dinero con la tarjeta para pagar la clínica y las medicinas, pero hubo algún problema con la tarjeta y no pude sacar nada. Fui a varios bancos incluso a la central, pero necesitaban una confirmación desde España que sólo podría recibir si llamaba por teléfono. Aunque les expliqué que no había comido en más de diez días y que necesitaba dinero para volver a mi país, no me dejaron llamar desde su teléfono, así son a veces los bancos, encantadores y les daba igual que hubiera pasado la malaria. Órdenes son ordenes.

Charly me ayudó a comprar mi billete a Lusaka, la capital de Zambia, si no es por él, no sé cómo hubiera salido de allí. Me despedí con infinito cariño y agradecimiento, la gente humilde me ayudó mucho más que nadie en esos días. Ya no me quedaba nada de dinero y eran más de dos días de viaje y mi estómago ya estaba preparado para comer.

Pasamos por parques nacionales en los que vi infinidad de animales, pero mi estómago rugía más que los leones de fuera. Me sentía desfallecido por la falta de alimento. En mi compartimento había dos viajeros ingleses, a los que les conté mis últimas dos semanas de penurias y sutilmente les dije que me moría de hambre y que no me quedaba nada de dinero, enseguida me contestaron que era una historia muy interesante y que se iban a cenar al vagón restaurante. Ahí me dejaron, eso sí, me dieron unas galletas rancias que ellos no querían, ¡muy amables! Por eso y algunas cosas más, en África no quería casi comunicarme con los mozongos y prefería relacionarme con la gente local.

Pasó un día más y tuve que coger un par de tomates de un saco que encontré entre los vagones y un par de galletas de la cocina sin que nadie me viera, entendí que hay veces que hay que robar por hambre y por lo visto se me dio mejor que pedirle una cena a los ingleses.

Al día siguiente salí al pasillo con más hambre todavía. Un hombre de Kenia, que llevaba un gorro musulmán me miró y me preguntó si me encontraba bien, ya que me veía enfermo. Le expliqué un poco porqué me encobraba así y me tomó del brazo, me llevó a la cocina y me pagó un plato de carne estofada con arroz, manjar de los manjares. No quería ni las gracias ni que le mandara dinero de vuelta, solo me dijo: ¡Alhandulillah! Y se fue. Para que luego tengamos prejuicios con la gente. Años más tarde entendí perfectamente lo que en árabe significa Alhandulillah, algo así como Dios proveerá, o el Universo te ayudará.

En el avión de vuelta desde Lusaka me comí hasta el plato de la mujer que tenía al lado, nunca había pasado tanta hambre, pero hay veces que es bueno pasarla, para saber lo que es y lo mal que lo pasa mucha gente y lo privilegiados que somos cada día de tener un plato en la mesa, porque “nunca se sabe”...

LA ROCA

“Nunca se sabe” en lo que se pueden convertir unas vacaciones con amigos, la vida siempre da sorpresas cuando y donde menos te lo esperas...

En enero de 1996 fui con tres amigos Luis, Cristian y Patricia a Andalucía, a los Caños de Meca a pasar unos tranquilos días al principio del año, temporada más que baja. Todo vacío, una maravilla. El tiempo no acompañaba o quizás sí. Hacía frío, temporal y a las seis de la tarde era de noche, pero todo estaba solitario y tranquilo, nítido, claro y limpio. Es lo bueno de viajar fuera de temporada, el paraíso era sólo para nosotros, no es por no compartir, es por el hecho de estar tranquilos, todo para nosotros.

Pasamos unos días estupendos tomando pescaditos, visitando playas, disfrutando de la juventud y de la amistad. El día 7 de enero había un gran temporal en Cádiz, los cuatro nos alojábamos en un apartamento en los Caños de Meca. Esa día fuimos hasta el mítico Cabo de Trafalgar, lugar donde se dio siglos atrás la gran batalla contra los ingleses. En el lugar exacto donde ahora está el faro, los romanos pusieron un templo a Juno, la diosa del Olimpo y durante siglos se han visto luces extrañas en ese cabo, otras gentes hablan de fantasmas y extraños sonidos, ya que en ese lugar ha muerto mucha gente, no solo en la famosa batalla, también por las grandes corrientes y sus aguas peligrosas.

Había unas olas gigantescas, que se acumulaban por los lados y creaban verdaderas pirámides de agua. Bajábamos entre las rocas del cabo a esperarlas, nos escondíamos detrás de ellas a la espera de la explosión de agua que nos empapaba, hasta a veces nos llegó a cubrir casi enteros. Ese día hacía sol y la adrenalina y el puro disfrute no permitía que pasáramos frío. Continuamos horas entre grandes olas, sintiendo la fuerza de la naturaleza, los movimientos producidos por el viento y las fuerzas gravitacionales y cada ola que explotaba a nuestro lado nos cargaba de vida e ilusión. Ahora, dos décadas después he aprendido que no te puedes fiar del mar, pueden llegar decenas de olas de un tamaño y cuando menos te lo esperas aparece una mucho más grande y te arrolla; mucha gente ha sido tragada por el mar de esta manera, pero no fue ese exactamente nuestro caso. Pasadas muchas horas mojados entre explosiones de olas gigantescas, viento y olor a mar, volvimos al apartamento de Caños para cambiarnos, ducharnos con agua calentita y cenar tranquilamente. Recuerdo que esa noche, nos fuimos pronto a dormir, estábamos cansadísimos después de tanta pelea contra el mar. Antes de media noche estábamos ya cada uno en su cama tranquilamente con los ojos cerrados. Recuerdo a Patri y a Cristian entrar en la habitación y comentar en voz baja que ya estábamos dormidos. Pero, como la vida juega como quiere y la aventura parece que no tiene descanso o quizás llamado por los espíritus de esos navegantes muertos y olvidados en esa costa, abrí un ojo un rato antes de medianoche. Sabía que había un temporal único en décadas y que la luna había sido llena dos días antes, con lo cual todo iba a brillar de un color azulado, una noche mítica e inolvidable.

Le pregunté a Luis si estaba dormido y si nos íbamos de tempesteing. Por esas épocas llamábamos tempesteing a acercarnos a las olas y sentir su potencia de cerca, acercarnos a las tempestades lo más posible, intentando claro está, no perder la vida en ello. Luis, al que llamábamos también Mendi, un aventurero hasta la saciedad, podría haber desestimado la petición de

enfrascarnos en una aventura nocturna y volvernos a empapar, pasar frío y andar otros tantos kilómetros, pero no lo hizo, se dejó llevar por su pasión y su afán de gozar de cada momento y me dijo que claro, que a Trafalgar a ver el temporal bajo la luna...

Me calcé las botas de cuero de Cristian, ya que las mías las tenía caladas y pensé que en unas horas se las devolvería y no se daría ni cuenta de nuestra aventura, ya que a ellos no les despertamos. Anduvimos más de media hora por la playa que une Caños con Trafalgar, estaba preciosa, olas gigantescas iluminadas por la luna casi llena, explosiones de espuma que nos hacían correr por la arena para no empaparnos una vez más, momentos míticos de juventud eterna. Decidimos subir hasta el cabo y llegar al mismo lugar de rocas donde el día anterior habíamos estado jugando con las olas, aunque esta vez iluminados por la luna y con bastante más fresco. Pasamos el mítico faro, preguntándonos quien viviría allí en ese lugar tan solitario, bajamos como pudimos deslizándonos entre las rocas cúbicas del promontorio, hasta que llegamos a nuestro lugar, a unos metros por encima del mar desde donde se veía explotar las olas a nuestros pies e incluso nos salpicaban un poco.

Mendi estaba sentado en una roca y yo estaba en otra cerquita, mirábamos la infinita oscuridad, el rugir de las olas, el brillo de la luna, todo era perfecto y tranquilo, un momento de presente perfecto sublime. Luis se acercó a la roca en la que yo me sentaba y me dijo que me moviera un poco para que él pudiera sentarse conmigo. Unos segundos después toda la tranquilidad y maravilla que nos ofrecía la vida se transformó en su reverso tenebroso. La roca que teníamos a un lado cedió por la tempestad que estaba moviendo toda la plataforma y nos aplastó, quién iba a pensar que un segundo después íbamos a tener una roca de unas cuatro toneladas aprisionándonos la vida y el cuerpo. Todo era oscuridad en ese momento, dolor, angustia y miedo absoluto, no podíamos respirar, recuerdo la sensación de dolor por el aplastamiento, pero lo peor era no poder respirar ni poder moverse, el tiempo se paró y yo estaba convencido de que eran los últimos momentos de mi vida y que mi amigo Mendi ya estaba atravesando el túnel hacia el otro lado, ya que no le oía ni gritar ni respirar. Pude mirar arriba, hacia las estrellas, todavía sin poder respirar, ahogándome, para despedirme de la vida maravillosa que había tenido el privilegio de vivir. En ese momento que miraba las estrellas deseaba encontrarme en cualquier situación menos en esa, cualquier otra situación que había pasado anteriormente por muy mala que me hubiera parecido, era mucho mejor que en la que me encontraba ahora, deseaba salir de allí, poder respirar, tener una oportunidad más para vivir, aunque volviera a una situación peor, aunque fuera pobre, aunque estu-

viera lisiado; lo que fuera antes que morir bajo esa roca pegado a un gran amigo. Recuerdo mirar a las estrellas y despedirme con pena, angustia e incomprensión, todo fue tan rápido que no hubo tiempo de preparación o de consuelo, ni tan siquiera de aceptación.

Sin embargo, según me contó Mendi, él estaba ya a mitad de camino de ese túnel, me dijo que no sentía dolor, ni frío, no sentía que se ahogaba, simplemente sintió paz, unión, tranquilidad, sin miedo, estaba más allá que acá. Me explicó que tras el estruendo del deslizamiento de la roca, sintió una máxima angustia al ir quedándose sin aire y saber que no podía respirar más, no sintió dolor, solo angustia que todo lo invadía, hasta que, según sus palabras, su organismo entró en modo mortal en el cual la angustia desapareció por completo y solo quedaron la paz y la serenidad más absolutas. Me dijo que solo había una luz cegadora que todo lo invadía junto a la sensación más grande de bienestar y placer que se podía tener, más fuerte que ningún orgasmo, él sintió que se iba con esa sensación de placer infinito al separarse el alma del cuerpo, ¡quizás pura descarga de DMT al momento último de la vida!

¡Pero no iba a dejarle ir al otro lado tan pronto ni tan a gustito mientras yo sufría semejante tormento! Antes de ahogarme, ya que estaba en la parte de fuera de la roca, empecé a agitarme y moverme lo más fuerte que pude, hasta que conseguí sacar parte del cuerpo que tenía a presión entre las rocas y el cuerpo de Mendi, y comencé a respirar, según me cargaba de vida, empecé a darme cuenta de la situación en la que nos encontrábamos, ya que hasta entonces no entendía qué había pasado. Conseguí sacar todo el cuerpo menos la mano que tenía atrapada entre las rocas y su cuerpo. Tiré fuerte de la mano pero no salía, estaba totalmente presionada y sabía que era justo lo que hacía que no pudiera respirar él. Cojí una piedra de al lado y recuerdo levantarla con la intención de cortarme la mano atrapada o al menos partirla para poder sacarla, pero tire la piedra, demasiadas películas, menos mal que no se me ocurrió semejante burrada, ya que un fuerte tirón después consiguió sacarla y permitir respirar a mi amigo, ese tirón me rompió un hueso de la muñeca e hizo moverse a Mendi y deslizarse un poco por la roca, lo que por lo visto le rompió la cadera, ya que dio un fuerte grito. Así que en esas estaba mi gran amigo, gozando de ese momento en el que le llegaba la muerte, hasta que yo conseguí sacar el brazo y pudo liberar un poco el diafragma y comenzar a respirar. En ese momento se desvaneció todo el placer para convertirse, según sus palabras, en el dolor más absoluto y en el sufrimiento máximo.

Una gran noticia por cierto, ya que aunque yo tuviera la muñeca rota

y él la cadera, estábamos vivos y podíamos respirar. Como se relativiza todo con estas sorpresas de la vida, unos minutos antes nos hubiera molestado estar mojados o que le hiciéramos un arañazo a las botas o al abrigo, y ahora unos huesos rotos era una maravilla de la que estar agradecidos por poder respirar. Mendi pasó en segundos del placer incógnito e inconcebible de estar a punto de palmarla al frío y el dolor instantáneo. Pero no todo iba a ser tan fácil, su mano quedó totalmente atrapada entre las rocas, mientras él agonizaba, subí arriba de la roca que nos había aplastado y conmigo encima intenté moverla, olvidé lo del punto de apoyo y todas esas teorías, esas cosas ocurren en momentos de máxima crisis en los que el cerebro entra en colapso por unos segundos. Bajé de la roca y fui a mirar la mano atrapada de Mendi. La tenía helada y blanca, aplastada a la altura de la muñeca, yo estaba convencido de que la rocas le habían cortado la mano ya que no se veía ningún hueco entre ella y la roca. Empecé a moverle los dedos para ver si sentía algo y parecía que no sentía nada, hasta que se los crují y dio un grito tremendo, ¡Eso era muy bueno!, ya que entonces no tenía la mano cortada y la podría recuperar. Más tarde me dijo que fue el dolor más fuerte que ha tenido jamás. Me senté delante de él, ya que tenía el cuerpo colgando apoyado en la roca y sujetado por la mano atrapada. Apoyé sus piernas con las mías y juntamos las dos frentes apoyando su cabeza en la mía, vi su cara de agotamiento y sus ojos desorbitados por el dolor y la angustia a la luz de la luna, casi no podía ni hablar, le puse una pulsera que yo llevaba y le dije que tenía que irme al Faro o al pueblo a pedir ayuda. El pensaba que quería tomarle el pulso y me dijo que mejor lo hiciera en el cuello. Yo no entendía nada y le terminé de colocar la pulsera para que le protegiera sin tomarle el pulso. Las olas seguían rompiendo a nuestro lado cada vez más fuerte y parecía que podía haber más desprendimientos, además que al estar empapados le podría dar una hipotermia y quedarse ahí a sentir todo ese inmenso placer de nuevo, y no podía permitirlo.

En esos tiempos no teníamos móvil para llamar a nadie, nos hubiera ahorrado bastante tiempo, ni tan siquiera linterna, así que le dejé casi a oscuras entre innumerables rocas con las olas salpicando y la confianza que a la vuelta siguiera vivo, estaba claro que no podía seguir allí con él hasta que alguien nos viera, en esa posición al fondo del cabo podrían tardar días o semanas en llegar a encontrarnos.

Subí corriendo pensando en llegar hasta el pueblo a tres kilómetros, pero al llegar al faro pensé que a lo mejor había alguien allí, tal como me dijo Luis que hiciera. No vi ningún timbre así que empecé a tirar piedras contra la puerta y tras unos minutos salió el farero y pude explicarle la situación a

gritos, esté llamó a la policía y bajó conmigo hasta los acantilados con una manta. El camino estaba muy oscuro entre rocas irregulares, al final cuando llegamos me acerqué a Mendi y ahí estaba delirando de dolor y de frío, pero ahí seguía al pie del cabo. El farero estaba nerviosísimo con la situación mientras nos salpicaban las olas encima. Volvimos otra vez arriba a esperar a la policía o a las emergencias que vinieran. Estos tardaron mucho en venir, miraba desde el faro a lo lejos esperando ver luces de coches y tenía que quedarme allí y dejar sólo a Mendi ya que el farero no recordaba el lugar exacto en la oscuridad. Un buen rato después vinieron coches de la guarda civil, policía variada y protección civil, el parking del faro se estaba llenando de coches, mientras empezaba a bajar con el primer grupo de guardias civiles con una enorme barra de metal. Esta vez me costó encontrar el camino y estuve con ellos dando tumbos en la oscuridad sin poder encontrar a mi amigo, una situación un poco desesperante.

Al final le encontramos y le rodeamos, intentamos hacer palanca con la barra de metal pero no había manera de sacarlo, no conseguimos mover la piedra ni un milímetro. Hubo un guardia civil muy empático que empezó a ponerse muy nervioso por la situación y el sufrimiento de Luis, tanto que empezó a hacer aspavientos y se tropezó y estuvo apunto de caerse por el acantilado que teníamos a nuestros pies, le enganché de la ropa antes de que se precipitara al vacío, ¡menu-do caos se hubiera creado!

Todos discutían sobre la posible solución, hablaban de traer una grúa y desde arriba levantar la piedra, pero eso podría



La roca de Trafalgar

mover la plataforma y hacer un desastre mayor, otros hablaban de un gato hidráulico, de picar la piedra y un largo etcétera de ideas. Trajeron un rato después un gato hidráulico para intentar separar las rocas, al menos consiguieron quitar un poco de presión en su muñeca. Empezaron a picar pero se movía mucho la piedra. El hombre no se atrevía a picar la piedra y me preguntaba a mí qué hacer. Yo le decía que picara y él me contestaba que era peligroso que todo podía derrumbarse, a lo cual le respondí que entonces dejara de picar, él me miró extrañado y me dijo que si no picábamos no podría salir mi amigo. Mendi recuerda todavía esta conversación tan absurda. Al final llamaron a un profesional argentino, que tardó otra hora en llegar desde a saber dónde, una especie de salvador de allende los mares. Volvimos a juntar las frentes para darle ánimos, al menos saldría con vida de esa situación aunque yo pensaba que sin mano, a modo de Luke Skywalker, por acercarnos tanto al lado oscuro.

El astro argentino llegó al final, cada minuto se nos hizo eterno y helado, era la última baza para liberarle. Éste al llegar al lugar y ver que había más de diez personas alrededor muy nerviosas y que las olas seguían golpeando fuertemente debajo de nosotros, dijo que todos se alejaran de la zona excepto él y yo. En ese momento me dijo que había riesgo de que se movieran más piedras o incluso toda la plataforma cediera bajo nuestros pies. Su plan era separar un poco las rocas con el pequeño gato hidráulico, calzarla con otras piedras y picar alrededor de su mano para sacarla. Me dijo que él ganaba mucho dinero por hacer lo que hacía y que yo era amigo del herido y que si alguien tenía que arriesgar la vida éramos nosotros dos.

En ese momento todos se apartaron a unos metros y yo me quedé junto al argentino confiando en que no se moviera nada y nos fuéramos todos al fondo del mar para aumentar el número de muertos en ese increíble lugar. El me dijo que la vida de mi amigo estaba en peligro y que había que ser muy exacto, tomó el martillo y el cincel y me enseñó cómo había que golpear la piedra para liberarla y ahí estábamos los tres entre las rocas, mientras el resto de la gente se retiró a unos cuantos metros observando la situación con muchos nervios. Colocó el gato, lo subió un poco y me dio piedras para calzarlas en la roca. Comenzó a dar varios golpes y se deshicieron las rocas que calcé en mis manos y se movió un poco toda la roca mientras Mendi gemía de dolor, ya que los golpes percutían al lado de su mano rota. En esos momentos sentí el presente absoluto de la vida y como más que nunca tenía la vida de mi amigo y quizás la de nosotros dos en mis manos. Al cabo de unos minutos y unos pocos golpes, saltó una piedra y escuché al argentino decir que el brazo estaba liberado, en ese momento vimos como sacaba el

brazo de entre las rocas, la mano se le empezó a poner roja y salió un poco de sangre pero la tenía bien, no se le había cortado ni aplastado. Resulta que había una pequeña veta con un hueco justo del tamaño de la muñeca y en ese mismo hueco se le quedó la mano atrapada, una posibilidad entre un millón de que hubiera ese hueco para su muñeca entre las rocas.

Todos nos relajamos, después de más de tres horas de penuria y tortura. Enseguida levantaron a Luis en una camilla entre varios policías y se lo llevaron hacia arriba de las rocas. Lo increíble es que fue tan emocionante todo y yo me quedé tan relajado, que se olvidaron de mí, se fueron todos hacia arriba con el trofeo, que era mi amigo salvado y yo me quedé sólo en la oscuridad. Cuando me percaté subí con la barra de metal y les seguí hasta llegar a la explanada del faro que estaba con una decena de coches con las luces y sirenas encendidas.

Entramos con Mendi en el edificio del faro, era espectacular, habían montado una clínica móvil, le tumbaron en el suelo y enseguida le pusieron una pedazo inyección intramuscular que le dejó babeando. Pocos minutos después, me despedí con todo el agradecimiento del mundo del farero que también se llamaba Luis. Por cierto el faro ya es automático y no hay farero, si nos hubiera pasado eso ahora tendría que haber ido corriendo hasta Los Caños. Nos metieron en una ambulancia y salimos a toda velocidad del cabo para dirigirnos al hospital de San Fernando en Cádiz.

Mendi iba ya sin dolor babeando por la inyección, eso sí, aterrados de la velocidad que iba la ambulancia.

Al llegar al hospital metieron directamente a Luis en la UCI y esperé un buen rato a que me dijeran que estaba fuera de peligro, con la cadera y el brazo roto, pero perfectamente sano. Volvieron a olvidarse de mí y de mi muñeca rota, así que me fui afuera del hospital, totalmente agotado y me quedé dormido en el suelo en un campo de tomates. Cuando amaneció volví al hospital y me dijeron que me habían buscado por todos sitios, se rieron cuando les conté mi siesta entre tomates. Al rato aparecieron Cristian y Patri, que no se habían enterado de nada hasta por la mañana que no nos vieron en la cama y vieron que me había llevado las botas. Al desayunar en el pueblo escucharon a alguien contar lo que pasó en el faro la noche anterior y fueron lo antes posible al hospital de Cádiz, no daban crédito a la historia, ya que un rato antes de que se fueran a dormir, entraron en la habitación y nos vieron callados y con la luz apagada. “Nunca se sabe” el ansía de aventura a donde te puede llevar...

Al día siguiente nos llevaron en ambulancia hasta Madrid donde vivíamos y ahí pudimos descansar de semejante aventura.

Es curioso cómo es la vida, un paseo de luna llena se puede convertir en una pesadilla y al final volverse a convertir en una gran enseñanza de la vida. En el momento en que te das por muerto para siempre, todo cambia, cualquier situación es la mejor excepto esa misma, con lo cual al volver a la vida normal, uno se da cuenta del privilegio que es estar vivo, estar bien y sobre todo no estar aplastado por una roca ahogándose en plena tempestad.

A mí me enseñó muchísimo esa experiencia, pero a mi amigo Luis le cambió la vida para siempre, vio muy diferente a la dama de negro y cada día agradece el seguir entre los vivos.

Cómo somos los humanos que a veces necesitamos galletazos tan gordos para disfrutar y vivir la vida agradecidos de cada momento, y saborearla como si de algo maravilloso y efímero se tratara. Hoy que escribo esto, hace exactamente 22 años que ocurrió la aventura en Trafalgar y yo tenía 22 años recién cumplidos, ¡toda una vida de regalo!

MÁRMOLES, VIGAS Y UN GOLPE DEL DESTINO

Otro de los golpes que me recordaron una vez más la sutil línea que hay entre la vida y la muerte fue el que recibimos en mi furgoneta en Extremadura una tranquila mañana.

Esta historia puede servir de ejemplo del delicado devenir de las cosas y de que cada acto importa, cada pequeña acción tiene sus repercusiones. Pero que no podemos pretender hacer consciente intencionadamente cada movimiento esperando un resultado previsible, nos volveríamos locos. No podemos ser tan calculadores. Hay infinitos factores en la ecuación de la vida y del movimiento que desconocemos.

A grandes rasgos hay muchas causas que llevan a unos efectos casi innegables. Si plantamos un tomate en buena tierra, lo regamos y cuidamos, es muy posible que nos salgan tomates y si aprendemos muy bien un oficio tendremos muchas posibilidades de encontrar trabajo, o si somos generosos y amables en la vida, tendremos más amigos, más confianza, más posibilidades y estaremos mejor acompañados que si somos unos antipáticos huraños. Pero ahora me refiero a las pequeñas cosas cotidianas casi inapreciables que pueden cambiar más la vida que las grandes y premeditadas elecciones como estudiar tal o cual cosa o vivir en tal o cual lugar.

Una mañana de primavera salimos mi hermano Javier, nuestro amigo Edu y yo en mi todavía destrozada furgoneta “Holy” a recoger mármoles a una vieja empresa abandonada. Ya habíamos recogido mármoles una vez y había sido como ir a unos grandes almacenes con un cheque en blanco.